

Los últimos rayos de un sol radiante, inmenso en el horizonte, tiñen el firmamento de púrpuras, naranjas y rojos mientras iluminan, como si fueran las protagonistas del fin de una función, a las tres hermanas del Macizo del Aspe. Con este atardecer mágico acaba una nueva jornada en el corazón del Parque Natural de los Valles Occidentales de Aragón, dando paso a una noche de cielo despejado plagado de estrellas. Nos hallamos ante un sempiterno espectáculo, para el que no es necesario pagar entrada y en el que, todavía, se guarda la esencia de los territorios inalterados, casi vírgenes. Ese, quizá, sea gran parte del hechizo que vivimos y disfrutamos los amantes de este rincón del Pirineo aragonés. Instantes que llenan el alma rodeados de un silencio casi litúrgico.

LOS VALLES OCCIDENTALES II

# CAMINO A ÍTACA POR AÍSA Y BORAU

Texto y fotos: Francisco José Sánchez Ainaga

Continuamos recorriendo este Parque Natural de los Valles Occidentales a través de una galería fotográfica, tras descubrir ya los de Hecho y Ansó en LA MAGIA de mayo-junio (nº 143). En este artículo conoceremos dos entornos que tienen al Aspe como protagonista. Dos valles más para dos ríos: el Estarrún, fluyendo por desfiladeros calcáreos y gargantas desde las fuentes del Aspe y la Plana de Igüer, atravesando el valle de Aísa, y el río Lubierre, que antes de llegar a la localidad de Borau acaricia con sus incipientes aguas una de las ermitas más mágicas e históricas de Aragón, San Adrián de Sasabe, escondida entre barrancos y ganada en batalla contra el agua, la piedra y el olvido.



Izquierda, Lecherines, desde Las Blancas

Abajo, la bucólica cascada de Sibiscal, con su cola de caballo; derecha, Abi, un hayedo desconocido que resulta un lugar mágico en otoño

Ocho kilómetros es la distancia que separa esta villa de la zona de La Cleta, desde donde darán comienzo gran parte de las excursiones por este valle. Unos kilómetros entre colinas risueñas y bosques que se suceden verdes y frescos, rodeados de prados, al abrigo de las montañas que cierran en lejanía la omnipresente trilogía del Aspe.

Dos paradas vale la pena realizar antes de llegar a La Cleta. La primera de ellas sucede nada más superar el cartel de entrada al Parque Natural. A la izquierda nos encontramos ante la **cascada Sibiscal** que da la bienvenida al montañero. Un salto de agua que baja con poco caudal en la mayoría de ocasiones pero que se muestra espectacular tras periodos de tormentas. Admirar desde su puentecillo de madera el fluir de sus aguas resulta hipnótico.

Tras este tentempié, unos pocos kilómetros más adelante llegamos al desvío a la derecha que indica “Área recreativa de **Abi**”, por donde descenderemos hasta un merendero. Es éste un pequeño hayedo en extensión pero un gran lugar para disfrutar en soledad. Muy poco transitado, supone una excursión ideal para realizar con niños al tratarse de una circular de escaso desnivel y muchos lugares por descubrir. Puentes sobre el río, bosques, cuevas, una plana inmensa y unas vistas excelentes sobre el macizo del Aspe.

## AÍSA, EL VALLE ESCONDIDO

El “valle secreto” del Parque Natural. La joya mejor preservada. Para mí, la niña bonita. Aquí el rey es el Aspe, llamado *Aspa* en bearnés o *Punta Esper* en aragonés. Y es que este nombre no solo se refiere a esta magnífica cumbre de 2 645m, sino que también tiene su toponimia en el río que vierte sus aguas a su cara norte hacia territorio galo, la Gave d’Aspe, y el mítico valle francés que alcanza desde el *Summus Portus* (Somport) hasta la ciudad de Olorón, la Vallée d’Aspe.

Hacia Aragón, por su cara sur, surge otro río del deshielo de sus nieves y de las fuentes que acumulan sus aguas debido al terreno kárstico que caracteriza esta zona. El río Estarrún, que circula alegre creando pozas maravillosas hasta llegar a la localidad de Aísa, ejemplo perfecto de arquitectura popular pirenaica, con tejados de pizarra y sólidos muros de piedra.

